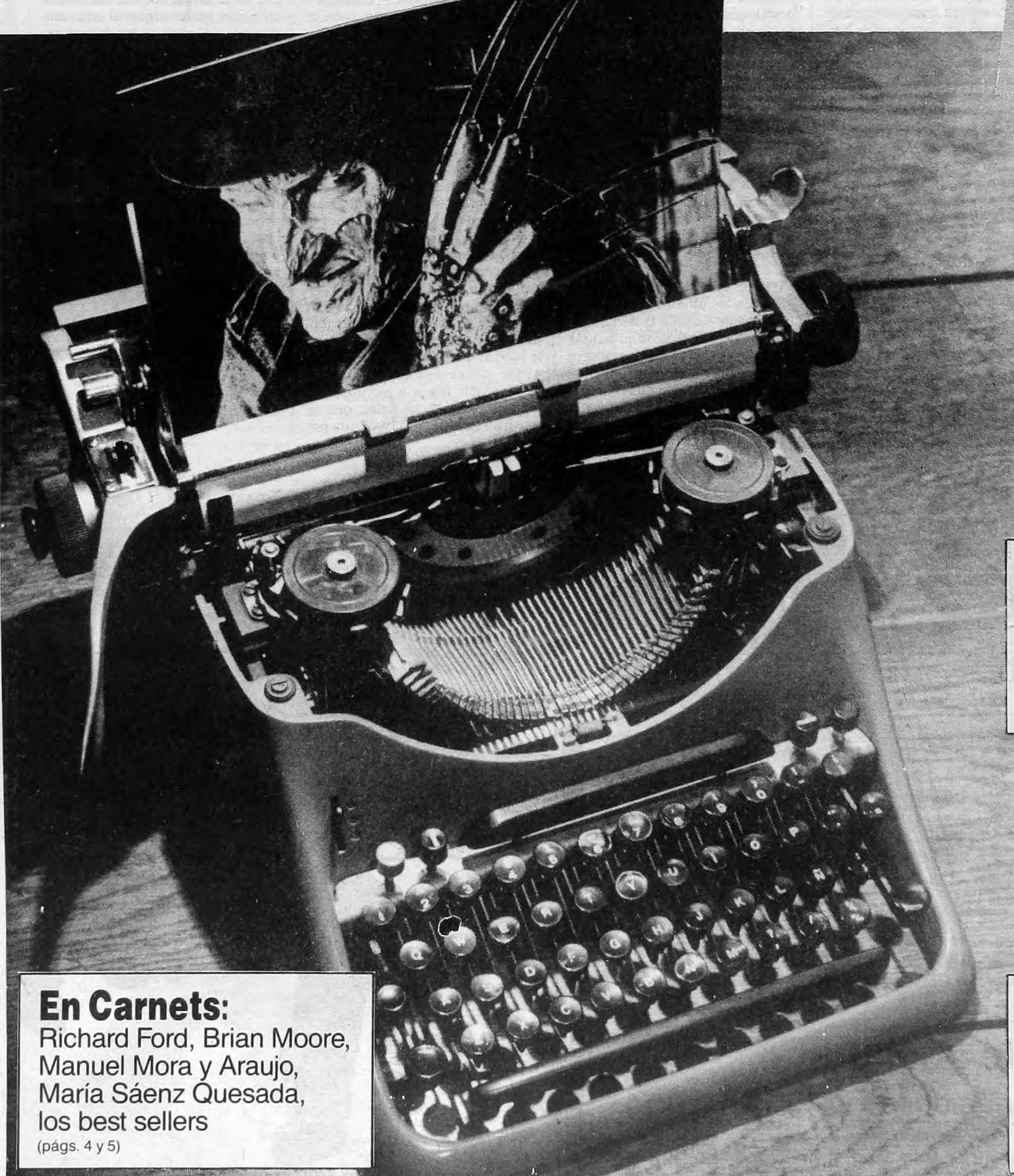
Domingo 13 de octubre de 1991

PRIMER PLANO//

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

LOS ESCRITORES FANTASMA EXISTEN



EL ECTOPLASMA POLITICO ILUSTRADO

Si estás ahí da tres golpes: Gabriela Cerruti invoca a las no tan intangibles firmas que apenas se ocultan detrás de los dirigentes que un día se levantan con ganas de escribir algo (páginas 2 y 3)

Los políticos que se hacen escribir sus libros

El medium es el mensaje


Perón, éxito en librerías.

—Querido lord —contestó el ministro—, me quedaré con los muebles y el fantasma en lo que estén valorados. Procedo de un país moderno, donde el dinero puede comprarlo todo; y con toda nuestra gente joven pintando de rojo el viejo mundo y llevándose a sus mejores actrices y primadonnas, estoy seguro de que si existiera un fantasma, podríamos comprarlo.

—Ciertamente, son ustedes muy realistas en América —contestó Lord Canterville.

***(Oscar Wilde**, "El fantasma de Canterville")*

GABRIELA CERRUTI

Ni ruidos de cadenas arrastrándose, ni manchas de sangre en la alfombra, ni pasados aristrocráticos, ni madrugadas de neblina: lo único blanco, casi espectral, es la mentada angustia frente a la hoja de ese color. Aunque ni siquiera, teniendo en cuenta que la mayor parte de los escritores fantasmas que hicieron de esto una suerte de empleo ha optado definitivamente por las a esta altura clásicas computadoras. Invirtiendo entre tres y diez mil dólares, cualquier político que sueñe con la trascendencia viendo su nombre en el lomo de un libro puede conseguir un escriba (periodista, sociólogo, intelectual en general desocupado) que se preste a organizar en castellano sus ideas para publicarlas. Los más audaces dejarán incluso que los fantasmas (favor especial: discreción absoluta) elaboren sus propias teorías. Los otros se conforman con que hagan un minucioso repaso de sus declaraciones públicas y las maquillen como para que parezcan pensamientos.

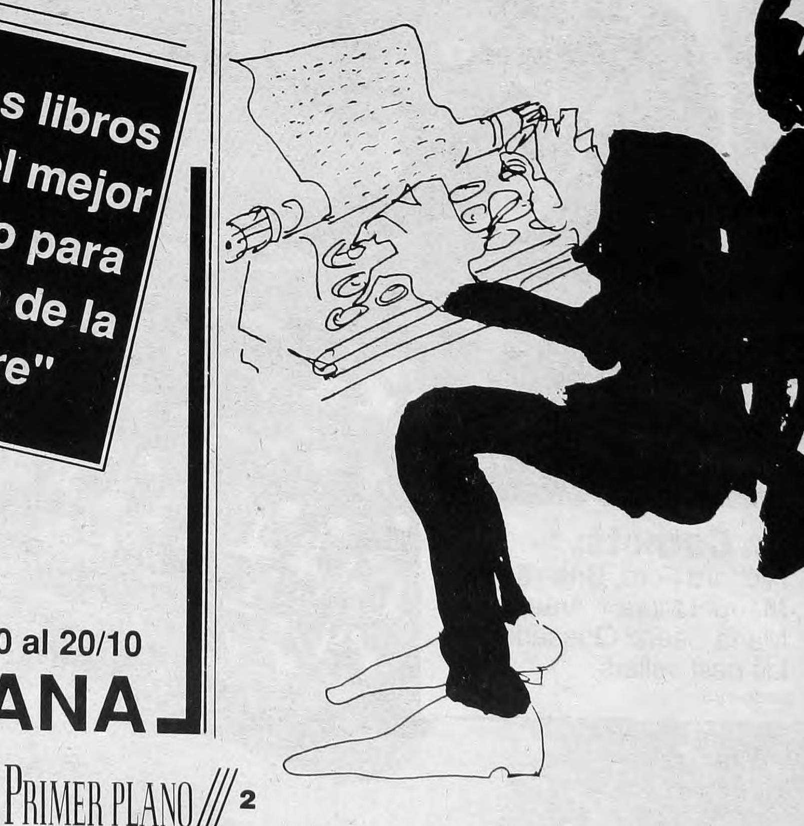
Un siglo atrás, escribir libros era no sólo una tarea impensablemente delegable sino que constituía en buena parte de los casos un anhelo supremo, anterior inclusive a la política. "Tengo una ambición literaria, mi caro amigo, y a satisfacerla consagro muchas vigilias, investigaciones prolijas y estudios meditados", le advierte Domingo Faustino Sarmiento a su amigo Valentín Alsina en la carta con que acompaña un ejemplar del *Facundo*. Sarmiento, como Bartolomé Mitre y Nicolás Avellaneda, aquel trío que fotografió el croquis del país pensado por la generación del 80, compartían la pasión literaria y periodística, y a ella consagraba buena parte de su tiempo: casi tanto como al gobierno o a lo militar, según el período particular que atravesaba.

Desde su *Colección de epitafios entresacados de las poesías de Astaron*, el primer libro publicado, hasta los intentos de biografías de San Martín y Belgrano, Mitre publicó alrededor de una veintena de títulos que lo convirtieron en el político más prolífico a la hora de escribir de la historia argentina. Detrás de él, los catálogos ubican a Juan Domingo Perón quien, sin embargo, ya comenzó a introducirse en las formas más modernas del ensayo político argentino porque sólo unos pocos de los títulos que se le adjudican fueron formalmente pensados y escritos como libros. A pesar de la creencia popular sobre el tema, ni la *Conducción política*, ni la *Comunidad organizada* ni la *Doctrina peronista* —los tres libros base de la arquitectura justicialista— son en realidad fruto de una meditada escritura. Constituyen en verdad la cuidadosa recopilación de charlas, ideas y pensamientos de Perón vertidos en la Escuela de Conducción Política o en las clases de doctrina que abundaron en los primeros años del gobierno justicialista.

TODOS ESCRIBEN Y YO TAMBIEN. En los últimos años, fundamentalmente durante la década pasada, publicar libros con su adjudicada autoría fue para los políticos más un recurso electoral o una (otra) forma de propaganda que el instrumento para consagrar pensamientos o ideas. La mayoría se dedicó en principio a bucear en las cuestiones autobiográficas o en las historias partidarias o, simplemente, fueron también mecanismos en las internas. Por algo cada uno de los dos libros publicados por Eduardo Angeloz sucedió a los de Raúl Alfonsín, o Domingo Cavallo apareció en las librerías casi al mismo tiempo que peleaba un lugar en el gobierno menemista. En los casos más recientes, el *Me llamo Alberto Kohan...* del ex hombre fuerte del menemismo fue un intento por reubicarse en el mapa político luego de su alejamiento del gobierno mientras que el *Proyecto 95* de Rodolfo Terragno constituyó, más allá de sus ambiciones literarias o de libre pensador, el lanzamiento de su carrera hacia la senaduría por la Capital Federal.

"Los que tenemos una cierta inquietud intelectual o cultural, cuando asumimos la función pública lo primero que notamos es una enorme falta de tiempo para leer lo que nos gusta, para escribir lo que queremos, junto con una gran necesidad de volcar de alguna manera en el plano de las ideas lo que estamos viviendo. Entonces, o el político escribe veinte años después de estar en el poder, y ya se trata de sus memorias, o manda a escribir libros a escribas, pagándoles." Gustavo Béliz, que se convirtió en la imagen reservada por el menemismo para la reflexión y el pensamiento casi por una razón estética, resumió así la disyuntiva del modelo actual que casi inevitablemente se resuelve hacia la segunda opción. La crisis llegó en ayuda de la actividad y un ejército de periodistas, sociólogos y profesores, desocupados o no, se convirtieron en "escritores fantasma" que pagan el precio de cargar con esa denominación para poder cobrar el otro, mucho más real y útil, de los dólares que les depara el trabajo de escuchar durante algunas horas por semana a alguien para después organizar en notas esas frases deshilvanadas.

EL PRESIDENTE TIENE QUIEN LE ESCRIBA. El director de la Biblioteca Nacional, Enrique Pavón Pereyra, se convirtió en los últimos tiempos en el más famoso de esta especie. Es el encargado de redactar los libros que llevan luego la autoría del presidente Carlos Menem, que no es un clásico en la materia ya que se ocupa de destacar la colaboración





Perón, éxito en librerías.

—Querido lord —contestó el ministro—, me quedaré con los muebles y el fantasma en lo que estén valorados. Procedo de un país moderno, donde el dinero puede comprarlo todo; y con toda nuestra gente joven pintando de rojo el viejo mundo y llevándose a sus mejores actrices y primadonnas, estoy seguro de que si existiera un fantasma, podríamos comprarlo.

—Ciertamente, son ustedes muy realistas en América —contestó Lord Canterville.

*(**Oscar Wilde**, "El fantasma de Canterville")*

Los políticos que se hacen escribir sus libros

El medium es el mensaje

GABRIELA CERRUTI

Ni ruidos de cadenas arrastrándose, ni manchas de sangre en la alfombra, ni pasados aristocráticos, ni madrugadas de neblina: lo único blanco, casi espectral, es la mentada angustia frente a la hoja de ese color. Aunque ni siquiera, teniendo en cuenta que la mayor parte de los escritores fantasmas que hicieron de esto una suerte de empleo ha optado definitivamente por las a esta altura clásicas computadoras. Invirtiendo entre tres y diez mil dólares, cualquier político que sueñe con la trascendencia viendo su nombre en el lomo de un libro puede conseguir un escriba (periodista, sociólogo, intelectual en general desocupado) que se preste a organizar en castellano sus ideas para publicarlas. Los más audaces dejarán incluso que los fantasmas (favor especial: discreción absoluta) elaboren sus propias teorías. Los otros se conforman con que hagan un minucioso repaso de sus declaraciones públicas y las maquillen como para que parezcan pensamientos.

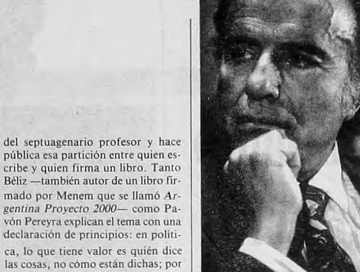
Un siglo atrás, escribir libros era no sólo una tarea impensablemente delegable sino que constituia en buena parte de los casos un anhelo supremo, anterior inclusive a la política. "Tengo una ambición literaria, mi caro amigo, y a satisfacerla consagro muchas vigilias, investigaciones prolijas y estudios meditados", le advierte Domingo Faustino Sarmiento a su amigo Valentín Alsina en la carta con que acompaña un ejemplar del *Facundo*. Sarmiento, como Bartolomé Mitre y Nicolás Avellaneda, aquel trío que fotografió el croquis del país pensado por la generación del 80, compartían la pasión literaria y periodística, y a ella consagraba buena parte de su tiempo: casi tanto como al gobierno o a lo militar, según el período particular que atravesaba.

Desde su *Colección de epitafios entresacados de las poesías de Astaron*, el primer libro publicado, hasta los intentos de biografías de San Martín y Belgrano, Mitre publicó alrededor de una veintena de títulos que lo convirtieron en el político más prolífico a la hora de escribir de la historia argentina. Detrás de él, los catálogos ubican a Juan Domingo Perón quien, sin embargo, ya comenzó a introducirse en las formas más modernas del ensayo político argentino porque sólo unos pocos de los títulos que se le adjudican fueron formalmente pensados y escritos como libros. A pesar de la creencia popular sobre el tema, ni la *Conducción política*, ni la *Comunidad organizada* ni la *Doctrina peronista* —los tres libros base de la arquitectura justicialista— son en realidad fruto de una meditada escritura. Constituyen en verdad la cuidadosa recopilación de charlas, ideas y pensamientos de Perón vertidos en la Escuela de Conducción Política o en las clases de doctrina que abundaron en los primeros años del gobierno justicialista.

TODOS ESCRIBEN Y YO TAMBIEN. En los últimos años, fundamentalmente durante la década pasada, publicar libros con su adjudicada autoría fue para los políticos más un recurso electoral o una (otra) forma de propaganda que el instrumento para consagrar pensamientos o ideas. La mayoría se dedicó en principio a bucear en las cuestiones autobiográficas o en las historias partidarias o, simplemente, fueron también mecanismos en las internas. Por algo cada uno de los dos libros publicados por Eduardo Angeloz sucedió a los de Raúl Alfonsín, o Domingo Cavallo apareció en las librerías casi al mismo tiempo que peleaba un lugar en el gobierno menemista. En los casos más recientes, el *Me llamo Alberto Kohan...* del ex hombre fuerte del menemismo fue un intento por reubicarse en el mapa político luego de su alejamiento del gobierno mientras que el *Proyecto 95* de Rodolfo Terragno constituyó, más allá de sus ambiciones literarias o de libre pensador, el lanzamiento de su carrera hacia la senaduría por la Capital Federal.

"Los que tenemos una cierta inquietud intelectual o cultural, cuando asumimos la función pública lo primero que notamos es una enorme falta de tiempo para leer lo que nos gusta, para escribir lo que queremos, junto con una gran necesidad de volcar de alguna manera en el plano de las ideas lo que estamos viviendo. Entonces, o el político escribe veinte años después de estar en el poder, y ya se trata de sus memorias, o manda a escribir libros a escribas, pagándoles." Gustavo Béliz, que se convirtió en la imagen reservada por el menemismo para la reflexión y el pensamiento casi por una razón estética, resumió así la disyuntiva del modelo actual que casi inevitablemente se resuelve hacia la segunda opción. La crisis llegó en ayuda de la actividad y un ejército de periodistas, sociólogos y profesores, desocupados o no, se convirtieron en "escritores fantasma" que pagan el precio de cargar con esa denominación para poder cobrar el otro, mucho más real y útil, de los dólares que les depara el trabajo de escuchar durante algunas horas por semana a alguien para después organizar en notas esas frases deshilvanadas.

EL PRESIDENTE TIENE QUIEN LE ESCRIBA. El director de la Biblioteca Nacional, Enrique Pavón Pereyra, se convirtió en los últimos tiempos en el más famoso de esta especie. Es el encargado de redactar los libros que llevan luego la autoría del presidente Carlos Menem, que no es un clásico en la materia ya que se ocupa de destacar la colaboración del septuagenario profesor y hace pública esa partición entre quien escribe y quien firma un libro. Tanto Béliz —también autor de un libro firmado por Menem que se llamó *Argentina Proyecto 2000*— como Pavón Pereyra explican el tema con una declaración de principios: en política, lo que tiene valor es quién dice las cosas, no cómo están dichas; por eso importa más el autor que firma un libro que el que lo escribe. La contracara de aquella premisa de Víctor Hugo: "Si un tonto alcanza la celebridad, no dejará dos páginas sin la protección de su nombre, pensando que su reputación hará la de su libro, cuando frecuentemente la de su libro deshace la suya. Hay algo de fanfarrón en esos guerreros de Homero que preludian el combate con el estruendo de sus nombres y genealogías; son héroes más auténticos esos caballeros franceses, quienes combatían con la visera caída y sólo descubrían el rostro después de haber sido reconocido su brazo".











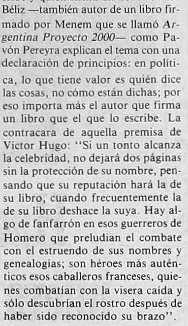
Carlos Menem, Raúl Alfonsín, Domingo Cavallo, Eduardo Angeloz: con un escritor fantasma, es más fácil ser político y literato.

Ser el escriba de un presidente tiene con frecuencia un atractivo ineludiblemente superior al de la remuneración que pueda percibirse por esta tarea. Pavón Pereyra recuerda con nostalgia las horas que pasó sentado junto al general Perón escuchándole relatar hasta el más ínfimo detalle de una reunión que acababa de finalizar con el inequívoco deseo de que todo fuese minuciosamente registrado, anticipándose a sus propios evangelistas. Pero cuando esto se multiplica a políticos más o menos ignotos o con dudosa trascendencia, el precio cobrado en dólares o australes parece ser casi lo único con valor acumulable.

Las principales variantes son el ensayo directo o el reportaje fingido. En el primer caso quien haya sido contratado —en muchas ocasiones se trata de periodistas que conocieron a los políticos entrevistándolos por cuestiones relacionadas con su trabajo y existen incluso en el último año situaciones puntuales en que el mismo periodista estaba a la vez escribiendo un libro para un senador radical y un dirigente peronista en una muestra sorprendente de amplitud ideológica— registra primero todo lo que el político quiere decir y luego le da la forma de entrevista. Es el método utilizado por ejemplo por Osvaldo Granados en *Jorge Antonio, el testigo* que, a pesar de anunciar en su contratapa que se trata de un "documento confiable, de primera mano, hecho por uno de los periodistas más prestigiosos del país" admite que fue realizado con la "complicidad" del entrevistado.

Los "fantasmas" tienen su historia negra, y sus listas del mismo color. Son los que durante los años de la dictadura militar se prestaron para escribir los textos que luego firmarían generales y almirantes, los mismos que comandaban la represión que muchos de aquéllos denunciaron en los últimos años desde tribunas supuestamente progresistas. "Es un trabajo", dicen. "Una forma de ganarse el mango", explican. En aquellos años, precisan, era aún más entendible teniendo en cuenta que en muchos casos no podían ejercer su profesión por las prohibiciones existentes. Y ahora, porque luego del fin de la historia escribir no significa ningún compromiso: "Se escribe a favor o en contra de algo, como de una mayonesa. Es casi un trabajo publicitario", sostiene uno de los fantasmas, miembro, como el ministro que llegó a Canterville, de un país moderno.





En el exilio es más fácil

La cuestión de la escritura se vincula con un problema más amplio que es el desprecio que tiene la clase dirigente hacia las ideas, hacia la posibilidad de generar ideas en torno de la práctica política. Por eso hay algunos políticos que creen que no es grave darles algunas ideas generales a ciertos escribas para que otros les escriban los libros. Es cierto que en la medida en que los libros reflejen las ideas que se quieren transmitir no está mal remitirse a colaboradores: finalmente no todos tienen la habilidad que requiere escribir.

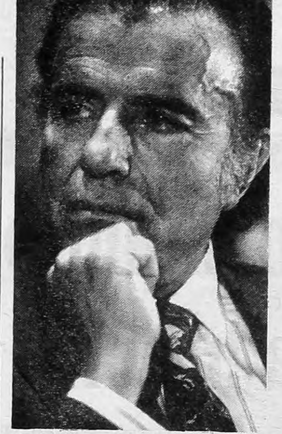
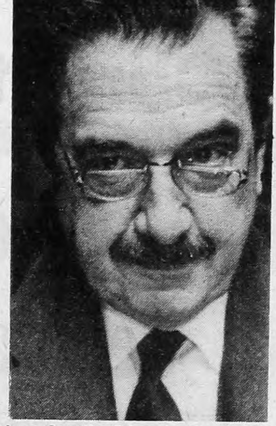
Hay otra cuestión fundamental que se relaciona con este tema, y es que en tiempos de democracia no hay exilios y la historia demuestra que los políticos han producido literariamente más en un exilio. Es un elemento que lleva al político a escribir, un poco porque le da tiempo y otro poco porque es un momento de mucha reflexión. Ser funcionario desgasta intelectualmente, aunque otorgue una enorme experiencia en manejo de situaciones, enriquecedora desde el punto de vista de aprender a entenderse con una estructura burocrática. Pero si el político no se preocupa por leer, por hacerse un tiempo para escribir, envejece.

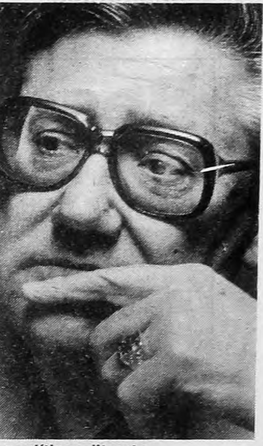
En mi caso particular, a los tres meses de gobierno empecé a escribir, escribía a la noche, restándole horas al sueño, pero necesitaba volcar de alguna manera lo que estaba viviendo casi dramáticamente. El fruto de ese trabajo es *La Argentina ausente*, una reflexión sobre la crisis moral de la dirigencia.

GUSTAVO BELIZ

del septuagenario profesor y hace pública esa partición entre quien escribe y quien firma un libro. Tanto Béliz —también autor de un libro firmado por Menem que se llamó *Argentina Proyecto 2000*— como Pavón Pereyra explican el tema con una declaración de principios: en política, lo que tiene valor es quién dice las cosas, no cómo están dichas; por eso importa más el autor que firma un libro que el que lo escribe. La contracara de aquella premisa de Víctor Hugo: "Si un tonto alcanza la celebridad, no dejará dos páginas sin la protección de su nombre, pensando que su reputación hará la de su libro, cuando frecuentemente la de su libro deshace la suya. Hay algo de fanfarrón en esos guerreros de Homero que preludian el combate con el estruendo de sus nombres y genealogías; son héroes más auténticos esos caballeros franceses, quienes combatían con la visera caída y sólo descubrían el rostro después de haber sido reconocido su brazo".

Ser el escriba de un presidente tiene con frecuencia un atractivo ineludiblemente superior al de la remuneración que pueda percibirse por esta tarea. Pavón Pereyra recuerda con nostalgia las horas que pasó sentado junto al general Perón escuchándole relatar hasta el más ínfimo detalle de una reunión que acababa de finalizar con el inequívoco deseo de que todo fuese minuciosamente registrado, anticipándose a sus propios evangelistas. Pero cuando esto se



Carlos Menem, Raúl Alfonsín, Domingo Cavallo, Eduardo Angeloz: con un escritor fantasma, es más fácil ser político y literato.

multiplica a políticos más o menos ignotos o con dudosa trascendencia, el precio cobrado en dólares o australes parece ser casi lo único con valor acumulable.

Las principales variantes son el ensayo directo o el reportaje fingido. En el primer caso quien haya sido contratado —en muchas ocasiones se trata de periodistas que conocieron a los políticos entrevistándolos por cuestiones relacionadas con su trabajo y existen incluso en el último año situaciones puntuales en que el mismo periodista estaba a la vez escribiendo un libro para un senador radical y un dirigente peronista en una muestra sorprendente de amplitud ideológica— registra primero todo lo que el político quiere decir y luego le da la forma de entrevista. Es el método utilizado por ejemplo por Osvaldo Granados en *Jorge Antonio, el testigo* que, a pesar de anunciar en su contratapa que se trata de un "documento confiable, de primera mano, hecho por uno de los periodistas más prestigiosos del país" admite que fue realizado con la "complicidad" del entrevistado.

Los "fantasmas" tienen su historia negra, y sus listas del mismo color. Son los que durante los años de la dictadura militar se prestaron para escribir los textos que luego firmarían generales y almirantes, los mismos que comandaban la represión que muchos de aquéllos denunciaron en los últimos años desde tribunas supuestamente progresistas. "Es un trabajo", dicen. "Una forma de ganarse el mango", explican. En aquellos años, precisan, era aún más entendible teniendo en cuenta que en muchos casos no podían ejercer su profesión por las prohibiciones existentes. Y ahora, porque luego del fin de la historia escribir no significa ningún compromiso: "Se escribe a favor o en contra de algo, como de una mayonesa. Es casi un trabajo publicitario", sostiene uno de los fantasmas, miembro, como el ministro que llegó a Canterville, de un país moderno.



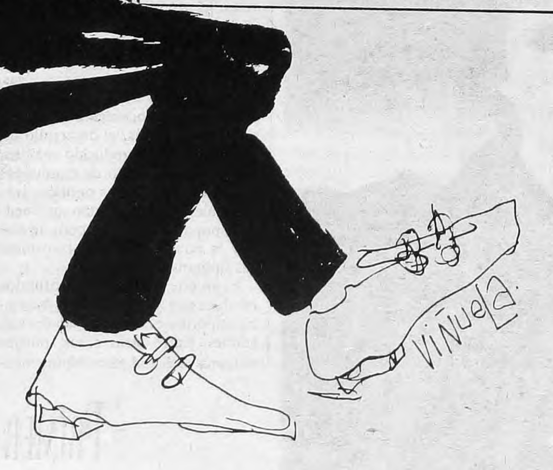
En el exilio es más fácil

La cuestión de la escritura se vincula con un problema más amplio que es el desprecio que tiene la clase dirigente hacia las ideas, hacia la posibilidad de generar ideas en torno de la práctica política. Por eso hay algunos políticos que creen que no es grave darles algunas ideas generales a ciertos escribas para que otros les escriban los libros. Es cierto que en la medida en que los libros reflejen las ideas que se quieren transmitir no está mal remitirse a colaboradores: finalmente no todos tienen la habilidad que requiere escribir.

Hay otra cuestión fundamental que se relaciona con este tema, y es que en tiempos de democracia no hay exilios y la historia demuestra que los políticos han producido literariamente más en un exilio. Es un elemento que lleva al político a escribir, un poco porque le da tiempo y otro poco porque es un momento de mucha reflexión. Ser funcionario desgasta intelectualmente, aunque otorgue una enorme experiencia en manejo de situaciones, enriquecedora desde el punto de vista de aprender a entenderse con una estructura burocrática. Pero si el político no se preocupa por leer, por hacerse un tiempo para escribir, envejece.

En mi caso particular, a los tres meses de gobierno empecé a escribir, escribía a la noche, restándole horas al sueño, pero necesitaba volcar de alguna manera lo que estaba viviendo casi dramáticamente. El fruto de ese trabajo es *La Argentina ausente*, una reflexión sobre la crisis moral de la dirigencia.

GUSTAVO BELIZ



Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Zorro dorado*, por Wilbur Smith (Emecé, 150.000 australes). Otro episodio de la saga de la familia Courtnay. Esta vez se trata de rescatar a Isabella, atrapada en Africa durante la guerra de Angola.	1	10
2	*Polaroids*, por Jorge Lanata (Planeta, 103.000 australes). El almirante Massera, Raymond Carver, Oscar Wilde y un anónimo viajante de comercio son algunas de las sorprendentes criaturas que habitan esta obra de un género rico en antecedentes argentinos: las ficciones de la vida real.	3	9
3	*El impostor*, por Frederik Forsyth (Emecé, 150.000 australes). El autor de *El día del Chacal* recuerda los días de la Guerra Fría a través del impostor, una leyenda viviente del espionaje británico que, después de pasar a retiro, decide contar las cuatro misiones más importantes de su carrera.	4	2
4	*El ojo del samurai*, por Morris West (Vergara, 102.900 australes). El escritor de best sellers mundiales proyecta a sus personajes en una Unión Soviética devastada que pide ayuda a capitalistas alemanes y japoneses. La trama se desenvuelve en Bangkok, donde se reúnen quienes responden al pedido.	6	2
5	*Bajo bandera*, por Guillermo Saccomano (Planeta, 110.000 australes). La vera crónica de un rito iniciático argentino: el servicio militar. Saccomano —soldado durante el '69— construye un libro que, según Osvaldo Soriano, "da risa y espanto... se lee con un nudo en la garganta, entre risas y sobresaltos".	5	6
6	*Septiembre*, por Rosamunde Pilcher (Emecé, 160.000 australes). La autora de *Historia de una herencia* entreteje ahora una historia de pasiones, desencuentros y rupturas sentimentales con un perfecto setiembre escocés como telón de fondo.	8	5
7	*Chances*, por Jackie Collins (Vergara, 220.000 australes). Amor, sexo, poder y riqueza recorren las vidas de un padre y una hija, Gino y Lucky Santángelo, que se unen para construir un imperio sin escrúpulos.	—	1
8	*Cementerio para lunáticos* por Ray Bradbury (Emecé, 120.000 australes). Un cadáver aparece en un estudio de Hollywood. Corren los años 50 y el protagonista deberá mezclarse con un excéntrico grupo de personajes ligados a la industria del cine para resolver el crimen.	2	6
9	*Historia argentina*, por Rodrigo Fresán (Planeta, 110.000 australes). Desaparecidos, montoneros, rockeros vernáculos, gauchos, Malvinas, Evita y Lawrence de Arabia unidos en una versión distinta de la historia patria.	7	18
10	*El tigre por la cola*, por James Hadley Chase (Emecé, 110.000 australes). Ken Holland era un honesto empleado bancario y un buen marido hasta que su mujer Ann partió a cuidar a su madre. Durante treinta vertiginosas horas, Ken se mezcla con los personajes del bajo fondo y pone en riesgo su vida.	—	1

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 102.000 australes). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	2	15
2	*El octavo círculo*, por Gabriela Cerruti y Sergio Ciancaglini (Planeta, 125.000 australes). El menemóvil, la Ferrari, las privatizaciones, el caso Swift, la crisis matrimonial, las internas y otros entretelones conforman una crónica exhaustiva de los dos primeros años del gobierno de Menem.	1	5
3	*Proyecto 95*, por Rodolfo Terragno (Planeta, 117.600 australes). El autor de *Argentina siglo XXI* trata el estancamiento argentino, interpreta los cambios en el mundo y define las bases de un ambicioso plan de crecimiento.	4	4
4	*Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*, por Salvador de Madariaga. (Sudamericana, 205.000 australes). Nueva visión de uno de los personajes más polémicos y contradictorios de la historia.	5	8
5	*La ventaja competitiva de las naciones*, por Michael E. Porter (Vergara, 350.000 australes). Estudio exhaustivo sobre cien empresas líderes en el mercado mundial, cuya eficacia impulsa el éxito fulminante de economías como las de Dinamarca, Corea, Japón o Italia.	7	14
6	*Catamarca*, por Norma Morandini (Planeta, 120.000 australes). La corresponsal argentina de *Cambio 16* viajó a Catamarca tras el crimen de María Soledad y describe el sistema perverso que hizo de esta provincia el reino del despotismo y la impunidad.	3	5
7	*Utilísima (Manualidades)*, por María José Roldán (Lidiun, 195.000 australes). Cómo trabajar con tela, cartón, papel y madera; pinturas en vidrio, estampados en seda, adornos de Navidad y trabajos para bebés y chicos.	8	13
8	*La antidieta*, por Harvey y Marilyn Diamond (Emecé-Urano, 118.000 australes). El libro que permaneció más de un año en la lista de los más vendidos en Estados Unidos propone una nueva manera de enfocar la alimentación: lo importante no es lo que se come, sino cómo y cuándo se come.	10	3
9	*Mujeres de Rosas*, por María Sáenz Quesada (Planeta, 125.000 australes). Una marea de revelaciones sobre la otra "sombra terrible" del siglo XIX. La madre, la esposa, la hija y la amante que rodearon al Restaurador.	9	19
10	*No llores por mí, Catamarca*, por Alejandra Rey y Luis Pazos (Sudamericana, 145.500 australes). El crimen de María Soledad paso a paso: desde las acusaciones, los rumores, las pericias y las marchas del silencio, hasta datos reveladores de conexiones secretas.	6	3

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Lett, Ross, Homo Sapiens (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

Nota: Para esta lista, no se toman en cuenta las ventas en quioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanza en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Paul Auster: **El palacio de la luna** (Anagrama). Sentido homenaje a Verne y novela consagratoria del autor que consiguió lo imposible: combinar con gracia y maestría el existencialismo europeo y la compulsión narrativa norteamericana a la hora de contar una historia apasionante que se llevó sin esfuerzo el Booker Prize (1990).

Andrei Bitov: **La casa Pushkin** (Tusquets). Primera novela traducida al español de quien es justamente considerado uno de los más importantes escritores rusos del momento. Discusiones intelectuales, estructura laberíntica, intrigas burocráticas y cierto perfume kunderiano en la intervención del mismo Bitov como elemento esclarecedor del relato configuran un libro distinto al que la crítica supo definir como "la primera novela auténticamente posmoderna".

Carnets///

FICCION

El puro impulso de una historia

EL PERIODISTA DEPORTIVO, por Richard Ford. Editorial Anagrama, 396 páginas. 353.700 australes.

Me llamo Frank Bascombe y soy periodista deportivo. Hace doce años el director de una revista conocida me ofreció un empleo de periodista porque le gustó un artículo que me habían encargado. Para mi sorpresa, dejé de escribir una novela y acepté.

Así comienza Richard Ford su tercera novela (la primera aparecida en la Argentina). La obra está atravesada por una columna vertebral de verdades cotidianas. Hechos simples, recreados sin más artificio que un lenguaje directo. Ese difícil y atrapante lenguaje vital en el buen periodismo. Un perfecto directo a la mandíbula.

Ocurre que quizá la ilusión se ha extraviado debido a la abundancia de ilusión. Entonces sólo quedaría el movimiento constante. El vértigo que sucede al éxtasis. El puro impulso de contar una historia. Eso, simplemente, es lo que ofrece Richard Ford.

Eso es lo que cuenta Frank Bascombe. Un año de su vida radiografiado por continuas vueltas a su pasado. Y allí desfilan un matrimonio destruido, un hijo muerto o su infancia (tan parecida a la del propio autor). Datos concretos que aportan la clave para seguir el hilo de la novela.

Los personajes son tan creíbles que se los puede hallar al doblar cada esquina. Tienen, contienen los mismos problemas que cualquiera. Viven la incertidumbre cotidiana y Ford los transforma en espejos de la actualidad.

La novela explica cómo en algún momento Bascombe, o uno mismo, debe afrontar la responsabilidad de elegir entre el arrepentimiento o no. Allí la vida vale la pena. La legitimación de la existencia, así como un jugador de básquet se convierte en la personificación del deseo de que la pelota entre en el cesto.

Richard Ford arma su historia a través de las reglas simples del periodismo deportivo: en la vida no hay nada trascendental, las cosas vienen y se van y eso es todo. De esta manera el personaje resume su divorcio. No hay tristezas absolutas, nadie se muere por amor. Sólo existe una sensación de pérdida que lo envuelve en un ensueño en el cual cae con frecuencia.

Este narrador norteamericano conoce las mentiras de la literatura y las evita con innegable maestría. La crítica dijo del minimalismo (condición literaria a la cual adscribe Richard Ford) que prefiguraba una estética del aburrimiento. Se equivocó al no ver que en estas obras, sean novelas o relatos, *todo* está sucediendo y es muy probable que le ocurra a uno. De allí la igualdad entre personajes y lectores.

Si un escritor respetado como Ford puede hacer decir al protagonista que "la verdad es que no tenía nada más que escribir y no me da vergüenza confesarlo" en la página 45, es porque reconoce que el mundo podría ahorrarse un montón de páginas de mala literatura.

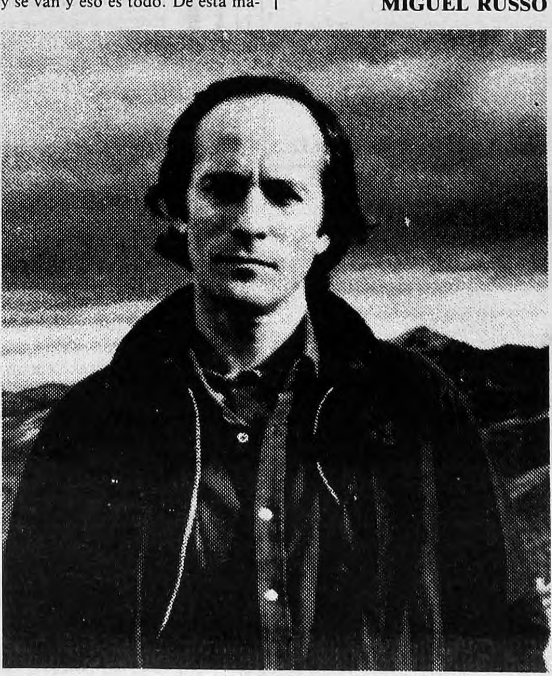
En este libro existe la voluntad de observar aquello que se repite una y otra vez y la decisión de escribirlo. Algo similar a llorar algún acontecimiento y luego sentarse a comer, mientras se mira un noticiero por televisión.

Richard Ford no cuenta todo lo que sabe. Deja que el lector intuya determinadas respuestas que jamás se provocan. Esto determina en el que se sumerge en *El periodista deportivo* una suerte de complicidad literaria. Uno mismo escribe la novela. Así, evita el huir espantado ante una obra de casi cuatrocientas páginas. "¿Qué es la literatura sino alguien que te dice lo que otro está pensando?", pregunta Frank Bascombe.

Vale más pensar que uno es como cualquier mortal y no un ser único e insustituible. Todos podríamos ser otro, ésa es la verdad final de esta novela. Sentir lo que millones de personas ya sintieron antes. El mérito de Ford es saber contarlo.

Verla y soltarla, decía Raymond Carver (pionero del minimalismo) al hablar de una historia. Richard Ford (1944, Mississippi, Estados Unidos) lo sabe y lo demuestra claramente en esta novela sobre el hombre contemporáneo y sus laberintos.

MIGUEL RUSSO



ENSAYO



Haci nueva s

ENSAYO Y ERROR. LA NUEVA CLASE POLITICA QUE EXIGE EL CIUDADANO ARGENTINO, de Manuel Mora y Araujo, Ed. Planeta, Buenos Aires, 1991. 117.600 australes.

Publicada antes de las últimas elecciones, la última obra de Mora y Araujo puede ser leída como un adelanto de los resultados en aquellos distritos donde triunfaron candidatos que no provenían de los partidos tradicionales. Producto de la existencia de una brecha entre los dirigentes tradicionales y los ciudadanos, estos políticos estarían conformando la nueva clase política que, a través del método de *Ensayo y error* —título que el autor da a su libro— estarían buscando los argentinos. A diferencia de quienes se entusiasman frente a una supuesta "fujimorización" de la sociedad, o de quienes cuestionan la legitimidad de las instituciones políticas apoyándose en las críticas que la población formula a la dirigencia política, Mora y Araujo utiliza la evidencia empírica de las encuestas de opinión pública para proponer una valiosa lectura que enfatiza la existencia de una profunda discontinuidad en la cultura política de los argentinos.

Para Mora y Araujo, en la Argentina está conformándose una nueva sociedad. Una sociedad respecto de cuya estructura social ya no tiene sentido reflexionar en términos de líneas de clase, sino más bien de diferencias actitudinales en el interior de esa enorme mayoría que conforma la clase media. En esta sociedad —donde el autor encuentra que el 10 por ciento de los de arriba y el 15 por ciento de los de abajo comparten el hecho de ser marginales a ese gran cuerpo social— las demandas y las aspiraciones de los individuos son otras. El productivismo ha sustituido al distribucionismo; la reivindicación del Tercer Mundo ha sido reemplazada por la aspiración de formar parte del Primero, y las viejas ideas estatistas han sido abandonadas a partir del reconocimiento de la crisis fiscal. Además, el desarrollo de las encuestas ha introducido una "revolución en el estilo de comunicación", que si bien los políticos tradicionales todavía no están totalmente dispuestos a admitir, permite que hoy la población pueda transmitir sus opiniones.

Es en este contexto de profundos cambios que Mora y Araujo encuentra importantes discontinuidades culturales. Entre otras cosas, porque ninguna sociedad pasa impunemen-

Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Zorro dorado*, por Wilbur Smith (Emecé, 150.000 australes). Otro episodio de la saga de la familia Courtnay. Esta vez se trata de rescatar a Isabella, atrapada en Africa durante la guerra de Angola.	1	10
2	*Polaroids*, por Jorge Lanata (Planeta, 103.000 australes). El almirante Massera, Raymond Carver, Oscar Wilde y un anónimo viajante de comercio son algunas de las sorprendentes criaturas que habitan esta obra de un género rico en antecedentes argentinos: las ficciones de la vida real.	3	9
3	*El impostor*, por Frederik Forsyth (Emecé, 150.000 australes). El autor de *El día del Chacal* recuerda los días de la Guerra Fría a través del impostor, una leyenda viviente del espionaje británico que, después de pasar a retiro, decide contar las cuatro misiones más importantes de su carrera.	4	2
4	*El ojo del samurai*, por Morris West (Vergara, 102.900 australes). El escritor de best sellers mundiales proyecta a sus personajes en una Unión Soviética devastada que pide ayuda a capitalistas alemanes y japoneses. La trama se desenvuelve en Bangkok, donde se reúnen quienes responden al pedido.	6	2
5	*Bajo bandera*, por Guillermo Saccomano (Planeta, 110.000 australes). La vera crónica de un rito iniciático argentino: el servicio militar. Saccomano —soldado durante el '69— construye un libro que, según Osvaldo Soriano, "da risa y espanto... se lee con un nudo en la garganta, entre risas y sobresaltos".	5	6
6	*Septiembre*, por Rosamunde Pilcher (Emecé, 160.000 australes). La autora de *Historia de una herencia* entreteje ahora una historia de pasiones, desencuentros y rupturas sentimentales con un perfecto setiembre escocés como telón de fondo.	8	5
7	*Chances*, por Jackie Collins (Vergara, 220.000 australes). Amor, sexo, poder y riqueza recorren las vidas de un padre y una hija, Gino y Lucky Santángelo, que se unen para construir un imperio sin escrúpulos.	—	1
8	*Cementerio para lunáticos* por Ray Bradbury (Emecé, 120.000 australes). Un cadáver aparece en un estudio de Hollywood. Corren los años 50 y el protagonista deberá mezclarse con un excéntrico grupo de personajes ligados a la industria del cine para resolver el crimen.	2	6
9	*Historia argentina*, por Rodrigo Fresán (Planeta, 110.000 australes). Desaparecidos, montoneros, rockeros vernáculos, gauchos, Malvinas, Evita y Lawrence de Arabia unidos en una versión distinta de la historia patria.	7	18
10	*El tigre por la cola*, por James Hadley Chase (Emecé, 110.000 australes). Ken Holland era un honesto empleado bancario y un buen marido hasta que su mujer Ann partió a cuidar a su madre. Durante treinta vertiginosas horas, Ken se mezcla con los personajes del bajo fondo y pone en riesgo su vida.	—	1

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 102.000 australes). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	2	15
2	*El octavo círculo*, por Gabriela Cerruti y Sergio Ciancaglini (Planeta, 125.000 australes). El menemóvil, la Ferrari, las privatizaciones, el caso Swift, la crisis matrimonial, las internas y otros entretelones conforman una crónica exhaustiva de los dos primeros años del gobierno de Menem.	1	5
3	*Proyecto 95*, por Rodolfo Terragno (Planeta, 117.600 australes). El autor de *Argentina siglo XXI* trata el estancamiento argentino, interpreta los cambios en el mundo y define las bases de un ambicioso plan de crecimiento.	4	4
4	*Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*, por Salvador de Madariaga. (Sudamericana, 205.000 australes). Nueva visión de uno de los personajes más polémicos y contradictorios de la historia.	5	8
5	*La ventaja competitiva de las naciones*, por Michael E. Porter (Vergara, 350.000 australes). Estudio exhaustivo sobre cien empresas líderes en el mercado mundial, cuya eficacia impulsa el éxito fulminante de economías como las de Dinamarca, Corea, Japón o Italia.	7	14
6	*Catamarca*, por Norma Morandini (Planeta, 120.000 australes). La corresponsal argentina de *Cambio 16* viajó a Catamarca tras el crimen de María Soledad y describe el sistema perverso que hizo de esta provincia el reino del despotismo y la impunidad.	3	5
7	*Utilísima (Manualidades)*, por María José Roldán (Lidiun, 195.000 australes). Cómo trabajar con tela, cartón, papel y madera; pinturas en vidrio, estampados en seda, adornos de Navidad y trabajos para bebés y chicos.	8	13
8	*La antidieta*, por Harvey y Marilyn Diamond (Emecé-Urano, 118.000 australes). El libro que permaneció más de un año en la lista de los más vendidos en Estados Unidos propone una nueva manera de enfocar la alimentación: lo importante no es lo que se come, sino cómo y cuándo se come.	10	3
9	*Mujeres de Rosas*, por María Sáenz Quesada (Planeta, 125.000 australes). Una marea de revelaciones sobre la otra "sombra terrible" del siglo XIX. La madre, la esposa, la hija y la amante que rodearon al Restaurador.	9	19
10	*No llores por mí, Catamarca*, por Alejandra Rey y Luis Pazos (Sudamericana, 145.500 australes). El crimen de María Soledad paso a paso: desde las acusaciones, los rumores, las pericias y las marchas del silencio, hasta datos reveladores de conexiones secretas.	6	3

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Lett, Ross, Homo Sapiens (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

Nota: Para esta lista, no se toman en cuenta las ventas en quioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanza en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Paul Auster: **El palacio de la luna** (Anagrama). Sentido homenaje a Verne y novela consagratoria del autor que consiguió lo imposible: combinar con gracia y maestría el existencialismo europeo y la compulsión narrativa norteamericana a la hora de contar una historia apasionante que se llevó sin esfuerzo el Booker Prize (1990).

Andrei Bítov: **La casa Pushkin** (Tusquets). Primera novela traducida al español de quien es justamente considerado uno de los más importantes escritores rusos del momento. Discusiones intelectuales, estructura laberíntica, intrigas burocráticas y cierto perfume kunderiano en la intervención del mismo Bitov como elemento esclarecedor del relato configuran un libro distinto al que la crítica supo definir como "la primera novela auténticamente posmoderna".

Carnets///

FICCION

El puro impulso de una historia

EL PERIODISTA DEPORTIVO, por Richard Ford. Editorial Anagrama, 396 páginas. 353.700 australes.

Me llamo Frank Bascombe y soy periodista deportivo. Hace doce años el director de una revista conocida me ofreció un empleo de periodista porque le gustó un artículo que me habían encargado. Para mi sorpresa, dejé de escribir una novela y acepté.

Así comienza Richard Ford su tercera novela (la primera aparecida en la Argentina). La obra está atravesada por una columna vertebral de verdades cotidianas. Hechos simples, recreados sin más artificio que un lenguaje directo. Ese difícil y atrapante lenguaje vital en el buen periodismo. Un perfecto directo a la mandíbula.

Ocurre que quizá la ilusión se ha extraviado debido a la abundancia de ilusión. Entonces sólo quedaría el movimiento constante. El vértigo que sucede al éxtasis. El puro impulso de contar una historia. Eso, simplemente, es lo que ofrece Richard Ford.

Eso es lo que cuenta Frank Bascombe. Un año de su vida radiografiado por continuas vueltas a su pasado. Y allí desfilan un matrimonio destruido, un hijo muerto o su infancia (tan parecida a la del propio autor). Datos concretos que aportan la clave para seguir el hilo de la novela.

Los personajes son tan creíbles que se los puede hallar al doblar cada esquina. Tienen, contienen los mismos problemas que cualquiera. Viven la incertidumbre cotidiana y Ford los transforma en espejos de la actualidad.

La novela explica cómo en algún momento Bascombe, o uno mismo, debe afrontar la responsabilidad de elegir entre el arrepentimiento o no. Allí la vida vale la pena. La legitimación de la existencia, así como un jugador de básquet se convierte en la personificación del deseo de que la pelota entre en el cesto.

Richard Ford arma su historia a través de las reglas simples del periodismo deportivo: en la vida no hay nada trascendental, las cosas vienen y se van y eso es todo. De esta manera el personaje resume su divorcio. No hay tristezas absolutas, nadie se muere por amor. Sólo existe una sensación de pérdida que lo envuelve en un ensueño en el cual cae con frecuencia.

Este narrador norteamericano conoce las mentiras de la literatura y las evita con innegable maestría. La crítica dijo del minimalismo (condición literaria a la cual adscribe Richard Ford) que prefiguraba una estética del aburrimiento. Se equivocó al no ver que en estas obras, sean novelas o relatos, *todo* está sucediendo y es muy probable que le ocurra a uno. De allí la igualdad entre personajes y lectores.

Si un escritor respetado como Ford puede hacer decir al protagonista que "la verdad es que no tenía nada más que escribir y no me da vergüenza confesarlo" en la página 45, es porque reconoce que el mundo podría ahorrarse un montón de páginas de mala literatura.

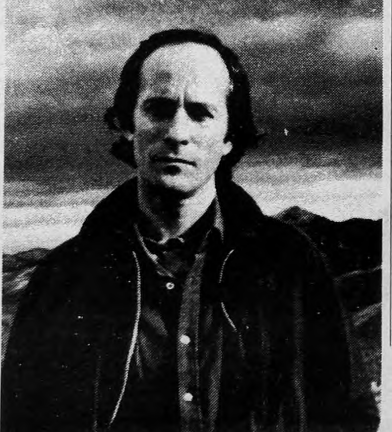
En este libro existe la voluntad de observar aquello que se repite una y otra vez y la decisión de escribirlo. Algo similar a llorar algún acontecimiento y luego sentarse a comer, mientras se mira un noticiero por televisión.

Richard Ford no cuenta todo lo que sabe. Deja que el lector intuya determinadas respuestas que jamás se provocan. Esto determina en el que se sumerge en *El periodista deportivo* una suerte de complicidad literaria. Uno mismo escribe la novela. Así, evita el huir espantado ante una obra de casi cuatrocientas páginas. "¿Qué es la literatura sino alguien que te dice lo que otro está pensando?", pregunta Frank Bascombe.

Vale más pensar que uno es como cualquier mortal y no un ser único e insustituible. Todos podríamos ser otro, ésa es la verdad final de esta novela. Sentir lo que millones de personas ya sintieron antes. El mérito de Ford es saber contarlo.

Verla y soltarla, decía Raymond Carver (pionero del minimalismo) al hablar de una historia. Richard Ford (1944, Mississippi, Estados Unidos) lo sabe y lo demuestra claramente en esta novela sobre el hombre contemporáneo y sus laberintos.

MIGUEL RUSSO



ENSAYO



Hacia una nueva sociedad

ENSAYO Y ERROR. LA NUEVA CLASE POLITICA QUE EXIGE EL CIUDADANO ARGENTINO, de Manuel Mora y Araujo, Ed. Planeta, Buenos Aires, 1991. 117.600 australes.

Publicada antes de las últimas elecciones, la última obra de Mora y Araujo puede ser leída como un adelanto de los resultados en aquellos distritos donde triunfaron candidatos que no provenían de los partidos tradicionales. Producto de la existencia de una brecha entre los dirigentes tradicionales y los ciudadanos, estos políticos estarían conformando la nueva clase política que, a través del método de *Ensayo y error* —título que el autor da a su libro— estarían buscando los argentinos. A diferencia de quienes se entusiasman frente a una supuesta "fujimorización" de la sociedad, o de quienes cuestionan la legitimidad de las instituciones políticas apoyándose en las críticas que la población formula a la dirigencia política, Mora y Araujo utiliza la evidencia empírica de las encuestas de opinión pública para proponer una valiosa lectura que enfatiza la existencia de una profunda discontinuidad en la cultura política de los argentinos.

Para Mora y Araujo, en la Argentina está conformándose una nueva sociedad. Una sociedad respecto de cuya estructura social ya no tiene sentido reflexionar en términos de líneas de clase, sino más bien de diferencias actitudinales en el interior de esa enorme mayoría que conforma la clase media. En esta sociedad —donde el autor encuentra que el 10 por ciento de los de arriba y el 15 por ciento de los de abajo comparten el hecho de ser marginales a ese gran cuerpo social— las demandas y las aspiraciones de los individuos son otras. El productivismo ha sustituido al distribucionismo; la reivindicación del Tercer Mundo ha sido reemplazada por la aspiración de formar parte del Primero, y las viejas ideas estatistas han sido abandonadas a partir del reconocimiento de la crisis fiscal. Además, el desarrollo de las encuestas ha introducido una "revolución en el estilo de comunicación", que si bien los políticos tradicionales todavía no están totalmente dispuestos a admitir, permite que hoy la población pueda transmitir sus opiniones.

Es en este contexto de profundos cambios que Mora y Araujo encuentra importantes discontinuidades culturales. Entre otras cosas, porque ninguna sociedad pasa impunemente por experiencias como las de los últimos 25 años sin que sus ciudadanos cambien su relación con la política, sin que se abandone la práctica de la confrontación, se acepte la diversidad, y se asuman comportamientos más pragmáticos. Y, también, porque han cambiado los requerimientos hacia los políticos, porque la adhesión a los valores ideológicos va siendo sustituida por la credibilidad en la búsqueda de soluciones, y porque la política es hoy más una cuestión de ensayo y error que un decálogo de verdades.

Que la gente está dispuesta a probar alternativas ya lo mostró el triunfo de la oposición en las elecciones del '87 y del '89. Hasta dónde, sin embargo, esa orientación está guiada por la confianza en que estos políticos nuevos son los más aptos para gobernar es al menos controvertible: en las últimas elecciones presidenciales la imagen del candidato oficialista como un administrador eficaz no fue suficiente para contrarrestar la de un gobierno que no podía controlar la inflación, y ganó un candidato que simplemente era percibido como más próximo de la gente. Del mismo modo, es válido preguntarse si lo que está por detrás del triunfo de Palito Ortega, Escobar, Reutemann o Moine es su perfil de jóvenes empresarios, o más bien el hecho de representar —con el mismo éxito que un político tradicional como Duhalde— al partido de un gobierno que tiene en su haber la estabilidad económica de los últimos meses.

Es evidente que la década del 80 fue un punto de inflexión en las expectativas de la población. Del entusiasmo de los comienzos del régimen de Alfonsín, de la convicción —fuertemente divulgada por los líderes políticos de la transición pero con certeza compartida por amplísimos sectores de la población— en la capacidad de la democracia para solucionar los problemas del bienestar, al "abismo" de la hiperinflación, muchas expectativas cayeron y muchas demandas frustradas debieron adaptarse a la nueva situación. En este contexto, cabe preguntarse si el uso del ensayo y el error no puede también ser leído como una forma que la población encuentra de adecuar sus expectativas a una realidad que hoy se percibe como mucho más complicada que en los inicios de la transición. Como cabe también reflexionar respecto de cuáles serán en el futuro las demandas de los ciudadanos al sistema político y a los políticos.

MARIA BRAUN

Sobre héroes y campos

LOS ESTANCIEROS, de María Sáenz Quesada. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1991. 161.700 australes.

La historia de cómo fueron repartidas las tierras descubiertas por los españoles resulta tan apasionante como el encuentro con un mundo nuevo e inexplorado donde es necesario crearlo todo. En esta reedición del libro publicado en 1980, volvemos a comprobar que cuando al estilo ágil y lleno de aciertos literarios se une un buen manejo de las fuentes informativas y una inteligente apreciación de los hechos, la historia adquiere los encantos de una obra de ficción a la vez que se ilumina el sentido de la evolución política y social de un pueblo.

En este caso, **María Sáenz Quesada** ha tomado los principales períodos del desarrollo agropecuario de nuestro país, sintetizando la información más árida y poniéndola al nivel de interés de un lector no especializado. No sólo explica con total claridad cómo fueron distribuyéndose los territorios, sino que también incluye las historias de sus dueños primitivos y la fusión producida entre los poderes económicos y la constitución política del país. Se perfila de este modo la conformación de una capa social, la de los estancieros, así como sus intentos progresivos de asimilar no sólo las adquisiciones tecnológicas del mundo moderno sino también el surgimiento de una conciencia de grupo. Estas necesidades los llevan, por ejemplo, en la temprana **fecha de 1770**, a intentar la constitución de una institución similar a la **Mesta española**. Si bien no lo consiguen, en 1792 el virrey Arredondo produce un documento en el que por primera vez se dan algunas pautas para considerarse hacendado: ninguno que no tenga una propiedad de menos de media legua de frente por una y media de fondo podrá tener el derecho a darse tal denominación.

En 1782, el funcionario de la corona borbónica **Tomás de Rocamora** recorre el territorio entrerriano, preocupado por "el pobre vecino que con el producto de la tierra que les sobra a ellos (los propietarios) puede mantener una familia numerosa y útil al Estado". Otros colegas de Rocamora, enviados también por la corona, recomiendan repartir tierra entre los pobladores sin recursos, puesto que los grandes propietarios ni pueblan los campos ni dejan que otros lo hagan. Documentos como el Informe de **Félix de Azara, de 1801**, corroboran los señalamientos de estos funcionarios, e insisten en descripciones de formas de vida, vestimentas y viviendas.

Entre las historias de los pioneros, resulta especialmente atractiva la de dos mujeres: Tadea Martínez, dueña de campos en la línea del Salado, viuda, que regentea su establecimiento sin miedo a la soledad ni a la dura vida del desierto, y Agustina López, casada con Ortiz de Rosas, ambos padres de don Juan Manuel de Rosas, quien, mientras su marido lee novelas, vigila duramente la suerte de campos del Rincón de López.

El cruce de lo meramente epopéyico, pero fuertemente impactante, con el surgimiento de instituciones, ideologías y medios de difusión (*El Telégrafo Mercantil*, fundado en 1801, propaga las ideas económicas vigentes), va diseñando el fondo social de una clase y de un país cuya riqueza máxima fue la ganadería. Opiniones cruzadas, como las de los viajeros ingleses, dan el contrapeso de la realidad del mercado: cómo la barbarie que señaló Sarmiento era tan sólo la única manera de resistir, quizá, las leyes de los países más poderosos. Los capítulos centrales —"Entre el malón y el progreso" y "El ochenta y el campo"— exponen con prolijidad los materiales, con una lectura profunda y perspectivas que permiten extraer conclusiones de tipo cultural y sociológico nuevas. Los testimonios de seis estancieros, entre los que se cuenta el escritor **Adolfo Bioy Casares, más una cuidadosa bibliografía**, completan este excelente trabajo.

JOSEFINA DELGADO

FICCION

La bomba o la esposa

MENTIRAS DEL SILENCIO. Brian Moore. Editorial Vergara, 221 páginas, 88.200 australes.

Belfast, Irlanda, tiempos modernos. Dato insoslayable: la vida cotidiana puede estar amenazada en cualquier momento por las bombas del IRA, en medio de la tensión siempre conflictiva entre católicos y protestantes. Pero a Brian Moore, un escritor nacido en Belfast —pero que actualmente reside en California y a quien en vida Graham Greene obsequió graciosamente con el mote de "mi escritor viviente favorito"— no le interesa internarse en un hilado muy fino sobre los cómo y los porqué de la guerrilla irlandesa. Como bien se sabe, ésta aplica ni más ni menos las tácticas del terrorismo urbano tan en boga en los 70 pero que casi dos décadas después va a en camino de convertirse en un anacronismo, aunque busca encarnar las aspiraciones de los católicos desplazados de puestos de trabajo y conducción, gente que puede compartir objetivos pero no las tácticas de la bomba y el secuestro. En fin, que lo más fácil resulta replegarse sobre el sentido común del ciudadano medio que está o cree estar al margen de la política y, frente a las bombas, simplemente levanta la bandera blanca de quien no quiere volar por los aires.

Resulta que Mike Dillon es católico; su familia toda lo es y por tanto podría llegar a abrigar algún sentimiento de simpatía hacia el IRA. Pero para nada. No sólo los repudia, además esa noche está muy preocupado porque tiene que decirle a su esposa que la va a dejar por otra y marchar a Londres. Mal momento eligió sin embargo.

Esa noche el IRA se mete en su casa y tomará de rehén a su esposa porque quieren usarlo de carnada para un atentado en el hotel del que es gerente. Si él no coopera, ella muere.

Con impecable suspenso se lucen las cuarenta o cincuenta páginas dedicadas a la noche en que el matrimonio resulta rehén de los guerrilleros, pero el atentado se desarticula y el suspenso se convierte en una trama que no sin sutileza irá desplazando el eje de atención de la paranoia del pobre Dillon, que empieza a ver chicos del IRA por todas partes, y no sin razón, claro, a los dilemas sentimentales que van a tener lugar después de que estalle la bomba. Porque a decir verdad, a la esposa no le falta razón cuando piensa que él arriesgó su vida avisando de la bomba a la policía. Por despecho o deseos de venganza, con sus apariciones en televisión como ciudadana indignada porque nadie detiene al IRA, no hará más que convertir a su marido en blanco móvil.

En esta esgrima entre el marido, la casi ex esposa y la amante, una chica de tan buen humor y voluntad que ya resulta exasperante, se dirime el verdadero suspenso de *Mentiras del silencio*. Alguien puede verlo como dilemas morales pero a decir verdad todos actúan a impulsos del corazón. Por eso será que, un tanto previsiblemente, todo termina bastante mal.

CLAUDIO ZEIGER



a una ...ociedad

te por experiencias como las de los últimos 25 años sin que sus ciudadanos cambien su relación con la política, sin que se abandone la práctica de la confrontación, se acepte la diversidad, y se asuman comportamientos más pragmáticos. Y, también, porque han cambiado los requerimientos hacia los políticos, porque la adhesión a los valores ideológicos va siendo sustituida por la credibilidad en la búsqueda de soluciones, y porque la política es hoy más una cuestión de ensayo y error que un decálogo de verdades.

Que la gente está dispuesta a probar alternativas ya lo mostró el triunfo de la oposición en las elecciones del '87 y del '89. Hasta dónde, sin embargo, esa orientación está guiada por la confianza en que estos políticos nuevos son los más aptos para gobernar es al menos controvertible: en las últimas elecciones presidenciales la imagen del candidato oficialista como un administrador eficaz no fue suficiente para contrarrestar la de un gobierno que no podía controlar la inflación, y ganó un candidato que simplemente era percibido como más próximo de la gente. Del mismo modo, es válido preguntarse si lo que está por detrás del triunfo de Palito Ortega, Escobar, Reutemann o Moine es su perfil de jóvenes empresarios, o más bien el hecho de representar —con el mismo éxito que un político tradicional como Duhalde— al partido de un gobierno que tiene en su haber la estabilidad económica de los últimos meses.

Es evidente que la década del 80 fue un punto de inflexión en las expectativas de la población. Del entusiasmo de los comienzos del régimen de Alfonsín, de la convicción —fuertemente divulgada por los líderes políticos de la transición pero con certeza compartida por amplísimos sectores de la población— en la capacidad de la democracia para solucionar los problemas del bienestar, al "abismo" de la hiperinflación, muchas expectativas cayeron y muchas demandas frustradas debieron adaptarse a la nueva situación. En este contexto, cabe preguntarse si el uso del ensayo y el error no puede también ser leído como una forma que la población encuentra de adecuar sus expectativas a una realidad que hoy se percibe como mucho más complicada que en los inicios de la transición. Como cabe también reflexionar respecto de cuáles serán en el futuro las demandas de los ciudadanos al sistema político y a los políticos.

MARIA BRAUN

Sobre héroes y campos



LOS ESTANCIEROS, de María Sáenz Quesada. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1991. 161.700 australes.

La historia de cómo fueron repartidas las tierras descubiertas por los españoles resulta tan apasionante como el encuentro con un mundo nuevo e inexplorado donde es necesario crearlo todo. En esta reedición del libro publicado en 1980, volvemos a comprobar que cuando al estilo ágil y lleno de aciertos literarios se une un buen manejo de las fuentes informativas y una inteligente apreciación de los hechos, la historia adquiere los encantos de una obra de ficción a la vez que se ilumina el sentido de la evolución política y social de un pueblo.

En este caso, **María Sáenz Quesada** ha tomado los principales periodos del desarrollo agropecuario de nuestro país, sintetizando la información más árida y poniéndola al nivel de interés de un lector no especializado. No sólo explica con total claridad cómo fueron distribuyéndose los territorios, sino que también incluye las historias de sus dueños primitivos y la fusión producida entre los poderes económicos y la constitución política del país. Se perfila de este modo la conformación de una capa social, la de los estancieros, así como sus intentos progresivos de asimilar no sólo las adquisiciones tecnológicas del mundo moderno sino también el surgimiento de una conciencia de grupo. Estas necesidades los llevan, por ejemplo, en la temprana fecha de 1770, a intentar la constitución de una institución similar a la Mesta española. Si bien no lo consiguen, en 1792 el virrey Arredondo produce un documento en el que por primera vez se dan algunas pautas para considerarse hacendado: ninguno que no tenga una propiedad de menos de media legua de frente por una y media de fondo podrá tener el derecho a darse tal denominación.

En 1782, el funcionario de la corona borbónica Tomás de Rocamora recorre el territorio entrerriano, preocupado por "el pobre vecino que con el producto de la tierra que les sobra a ellos (los propietarios) puede mantener una familia numerosa y útil al Estado". Otros colegas de Rocamora, enviados también por la corona, recomiendan repartir tierra entre los pobladores sin recursos, puesto que los grandes propietarios ni pueblan los campos ni dejan que otros lo hagan. Documentos como el Informe de Félix de Azara, de 1801, corroboran los señalamientos de estos funcionarios, e insisten en descripciones de formas de vida, vestimentas y viviendas.

Entre las historias de los pioneros, resulta especialmente atractiva la de dos mujeres: Tadea Martínez, dueña de campos en la línea del Salado, viuda, que regentea su establecimiento sin miedo a la soledad ni a la dura vida del desierto, y Agustina López, casada con Ortiz de Rosas, ambos padres de don Juan Manuel de Rosas, quien, mientras su marido lee novelas, vigila duramente la suerte de campos del Rincón de López.

El cruce de lo meramente epopéyico, pero fuertemente impactante, con el surgimiento de instituciones, ideologías y medios de difusión (*El Telégrafo Mercantil*, fundado en 1801, propaga las ideas económicas vigentes), va diseñando el fondo social de una clase y de un país cuya riqueza máxima fue la ganadería. Opiniones cruzadas, como las de los viajeros ingleses, dan el contrapeso de la realidad del mercado: cómo la barbarie que señaló Sarmiento era tan sólo la única manera de resistir, quizá, las leyes de los países más poderosos. Los capítulos centrales —"Entre el malón y el progreso" y "El ochenta y el campo"— exponen con prolijidad los materiales, con una lectura profunda y perspectivas que permiten extraer conclusiones de tipo cultural y sociológico nuevas. Los testimonios de seis estancieros, entre los que se cuenta el escritor **Adolfo Bioy Casares, más una cuidadosa bibliografía, completan este excelente trabajo.**

JOSEFINA DELGADO

FICCION

La bomba o la esposa

MENTIRAS DEL SILENCIO. Brian Moore. Editorial Vergara, 221 páginas, 88.200 australes.

Belfast, Irlanda, tiempos modernos. Dato insoslayable: la vida cotidiana puede estar amenazada en cualquier momento por las bombas del IRA, en medio de la tensión siempre conflictiva entre católicos y protestantes. Pero a Brian Moore, un escritor nacido en Belfast —pero que actualmente reside en California y a quien en vida Graham Greene obsequió graciosamente con el mote de "mi escritor viviente favorito"— no le interesa internarse en un hilado muy fino sobre los cómo y los porqué de la guerrilla irlandesa. Como bien se sabe, ésta aplica ni más ni menos las tácticas del terrorismo urbano tan en boga en los 70 pero que casi dos décadas después va a en camino de convertirse en un anacronismo, aunque busca encarnar las aspiraciones de los católicos desplazados de puestos de trabajo y conducción, gente que puede compartir objetivos pero no las tácticas de la bomba y el secuestro. En fin, que lo más fácil resulta replegarse sobre el sentido común del ciudadano medio que está o cree estar al margen de la política y, frente a las bombas, simplemente levanta la bandera blanca de quien no quiere volar por los aires.

Resulta que Mike Dillon es católico; su familia toda lo es y por tanto podría llegar a abrigar algún sentimiento de simpatía hacia el IRA. Pero para nada. No sólo los repudia, además esa noche está muy preocupado porque tiene que decirle a su esposa que la va a dejar por otra y marchar a Londres. Mal momento eligió sin embargo.

Esa noche el IRA se mete en su casa y tomará de rehén a su esposa porque quieren usarlo de carnada para un atentado en el hotel del que es gerente. Si él no coopera, ella muere.

Con impecable suspenso se lucen las cuarenta o cincuenta páginas dedicadas a la noche en que el matrimonio resulta rehén de los guerrilleros, pero el atentado se desarticula y el suspenso se convierte en una trama que no sin sutileza irá desplazando el eje de atención de la paranoia del pobre Dillon, que empieza a ver chicos del IRA por todas partes, y no sin razón, claro, a los dilemas sentimentales que van a tener lugar después de que estalle la bomba. Porque a decir verdad, a la esposa no le falta razón cuando piensa que él arriesgó su vida avisando de la bomba a la policía. Por despecho o deseos de venganza, con sus apariciones en televisión como ciudadana indignada porque nadie detiene al IRA, no hará más que convertir a su marido en blanco móvil.

En esta esgrima entre el marido, la casi ex esposa y la amante, una chica de tan buen humor y voluntad que ya resulta exasperante, se dirime el verdadero suspenso de *Mentiras del silencio*. Alguien puede verlo como dilemas morales pero a decir verdad todos actúan a impulsos del corazón. Por eso será que, un tanto previsiblemente, todo termina bastante mal.

CLAUDIO ZEIGER

EL CAZADOR OCULTO

Mabel (el apellido no pudo ser escuchado por este Cazador), reprobada en Etimología.

La palabra "imagen" viene de "image", en inglés, que significa: "Yo mago".

Fax: Canal 13. Octubre 3, 13.35 hs.

Liliana Caldini, aroma a paty.

Como estaba un poquito nostálgica me senté, como siempre, abajo del aromo (...) y llegué a una conclusión: que hay que amar la vida, porque en la vida se puede ser feliz.

Cinco mujeres. ATC. Octubre 7, 14.33 hs.

Doctor Ricardo Jaime, jefe del departamento Técnico del Hospital Alvear, la revolución es una droga.

También puede quedar esto como que los psicofármacos son malos, y sin embargo, perdemos de vista que en ocasión de una revolución ayudan, curan. Ayudan a salvar muchas situaciones.

Fax. Canal 13. Octubre 3, 13.55 hs.

Carlos Mira, no tiene un buen concepto de los secretarios del Presidente.

C.M.: ¿Sabe que ascendieron a Miguel Angel Vico y a Ramón Hernández?

Marcelo Longobardi: ¿Los ascendieron?

C.M.: Fueron designados, ya no secretarios del Presidente, que es lo que eran, sino secretarios de Estado.

M.L.: ¡Epa! Como James Baker.

C.M.: Claro. Son una especie de James Baker del subdesarrollo.

La opinión de la mañana. Radio Del Plata. 4 de octubre.

Marcelo Longobardi, la picana se perdona.

La sociedad argentina le debe perdonar a (el subcomisario Luis) Patti todo, excepto dos cosas, dos cosas centrales: que sea buen policía, y que no mienta.

Nuevediario. Canal 9. Octubre 1º, 20.18 hs.

Bernardo Neustadt, se escribe Brecht y se pronuncia Russell.

Yo recuerdo una frase de Bertrand Russell. Se lo digo a las maestras, se lo digo a las profesoras. Y creo que era así: "Un día, vinieron a buscar un negro, como yo no soy negro no dije nada; y se lo llevaron. Un día, vinieron a buscar un judío; yo judío no soy, no dije nada y se lo llevaron. Un día me vinieron a buscar a mí. Nadie dijo nada, y me llevaron".

Tiempo nuevo. Canal 11. Octubre 1º, 22.15 hs.

Marcelo Longobardi, hoy le tocó atacar a SOMISA.

En la universidad argentina no hay tizas, no hay jabón, mientras que SOMISA pierde un millón de dólares por día.

Nuevediario. Canal 9. Octubre 2. 20.10 hs.

Marcelo Longobardi, hoy le tocó defender a SOMISA.

¿Es razonable aumentar el salario a los militares, que dependen del Ministerio de Defensa, mientras echan gente de SOMISA, que también depende del Ministerio de Defensa?

Nuevediario. Canal 9. Octubre 3, 20.38 hs.

DISPAREN SOBRE UN GRAN PIANISTA

Ashkenazy, clásico y moderno

Para comenzar por lo más obvio, ¿cómo resolvió asumir la doble condición de pianista y director en un mundo tan compartimentado y competitivo como el que propone la actual industria de conciertos?

—La versatilidad es algo que ha estado con nosotros durante muchos siglos. En el pasado, los músicos solían tocar varios instrumentos; podemos pensar en el caso de Mozart, que tocaba el piano, el violín, que desde luego dirigía y componía muy buena música. Beethoven también tocaba violín y piano. Más cercanamente, uno puede pensar en Rachmaninov o Busoni. Lo que a mí me llevó a asumir esa doble condición fue simplemente mi interés por la música. Yo comencé a dirigir hace unos veinte años, aunque en este punto debería recordar toda mi vida. Me inicié en el piano por distintos motivos; en parte porque mi padre era pianista y, como usted sabe, los niños suelen imitar a los padres. Yo aprendí muy rápido; iba más rápido que mis compañeros y en muy poco tiempo me transformé en una suerte de niño prodigio. Mi padre se asombraba, sin embargo, de que yo constantemente le pidiera música para orquesta. En verdad mis primeras impresiones musicales tuvieron que ver con la música orquestal y también con la ópera, seguramente por su parte orquestal. Creo que me convertí en pianista un poco por azar. El amor por la música de orquesta fue algo básico en mi vida. Recuerdo que cuando las autoridades soviéticas comenzaron a permitirme salir del país yo volvía con las valijas llenas de partituras y grabaciones de música orquestal. Siendo todavía un adolescente yo iba con mis compañeros a un promedio de un concierto por noche; curiosamente, no eran conciertos para piano. Pero tampoco se me ocurría que pudiese llegar a dirigir. Poco a poco comencé a experimentar con orquestas amateurs y me fui dando cuenta de que la cosa funcionaba. Al principio lo tomé como una especie de hobby. Pero los músicos solían decirme: "Vuelva, dirija de nuevo". De ese modo me fui transformando lentamente en un director. En la base de todo esto está la fascinación que desde siempre ejerció sobre mí la música orquestal.

—¿Alguna música en particular? O, mejor: ¿prefiere algún repertorio orquestal en particular?

—No podría decirlo. Mi repertorio es muy amplio.

—¿Y su repertorio pianístico?

—También.

—Sin embargo, tanto como director y como pianista usted no ha demostrado demasiado interés por la música más o menos avanzada de este siglo, y quizá ningún interés por la música que se escribe actualmente. Es un repertorio amplio pero, a la vez, estrictamente tradicional. ¿Cuál es su relación con la música contemporánea?

—Habría que discriminar bastante en este punto. En principio, no querría hacer una afirmación general sobre la música contemporánea. No he tocado mucha música contemporánea, y por razones que son fácilmente explicables. En primer lugar, porque siempre he estado fascinado por el repertorio clásico; por otro lado, no parece haber mucho lugar para el piano en la música contemporánea. Quizá haya más espacio para la orquesta, aunque yo no me haya interesado particularmente en eso. La razón para que no haya lugar para el piano, o incluso para la orquesta en un sentido más clásico, es que posiblemente la música actual está exclusivamente dedicada a la experimentación y la búsqueda de nuevas fuentes de sonoridad; algo así como esas señales que enviamos al espacio para ver si hay vida en otros planetas. Si bien eso puede ser interesante, a mí no me interesa demasiado; incluso ciertas líneas me dan un poco de temor, ya que pueden transformarse en mera técnica. Y yo siempre he pensado que la música debe expresar lo humano de nosotros, y mucha música contemporánea parece haber perdido de vista lo humano. Creo que la música debe servirnos para afinar nuestra percepción de la vida, que la música es una expresión de nuestra percepción de la vida, y es por eso que mi relación con la música contemporánea no es todo lo profunda que debería ser. Yo subrayaría, en mi caso particular, esta expresión de humanidad que ofrece una música más clásica.

—De una humanidad también más clásica.

—Bueno, debo confesar que en verdad no sé qué le reserva el futuro a la música, en tanto expresión humana. Esto me preocupa constantemente. A veces pienso que quizá la música simplemente se detenga, que quizá cese su expansión. Me hago esta pregunta sin saber cómo responderla... Quizá debamos esperar 100 o 200 años para saberlo.

—Admitamos, aunque probablemente no sea cierto, eso de que el hombre sólo se hace preguntas que puede responder. Permítame entonces dos inferencias: la primera es que usted sospecha que la música, en tanto expresión de una humanidad, ya ha cesado su expansión, que en efecto ya se ha detenido; la segunda es que usted también sospecha que esa detención tiene una fecha, que coincide con la gran ruptura producida por la vanguardia de principios de siglo.

—No lo sé exactamente. Pero podríamos pensar que Schoenberg y la escuela de Viena crearon muchos dogmas.

—No fueron menos los dogmas que derribaron.

—Sí, estoy de acuerdo. Pero no hay por qué volver a levantar nuevos dogmas, como, por ejemplo, la obligación de la serie dodecafónica. La serie puede ser usada con libertad; pienso en algún pasaje de la Sinfonía Nº 14 de Shostakovich o en el último movimiento de la Segunda Sinfonía de William Walton, donde se usa la serie de un modo muy libre.

—Se puede pensar también, al menos en el caso de Walton, que el uso de la serie tiene que ver con una adhesión a algo que ya tenía la forma de un nuevo clasicismo, mientras que en Schoenberg el uso de la serie obedecía a una necesidad constructiva muy profunda. Pero, volviendo al tema del repertorio pianístico contemporáneo, ¿conoce usted los Estudios para Piano de Ligeti? ¿No le parece que en esos estudios se intenta recuperar una tradición pianística sin necesidad de volver al lenguaje tonal del siglo XIX?

—Desafortunadamente, no conozco la música para piano de Ligeti. Sólo conozco su música para orquesta, que me interesa mucho. Me parece un músico muy talentoso, que tiene su mundo propio. Pretendo estudiar un poco más a Ligeti y hacer algo con su música. No sé si el piano o la orquesta; por lo pronto sus obras orquestales me parecen muy interesantes. Es realmente un compositor original.

—La música para piano de Ligeti nos introduce, de alguna manera, en el tema del virtuosismo. ¿Qué queda hoy de la imagen del gran pianista virtuoso?

—La figura del virtuoso es siempre desagradable para mí. Creo que Horowitz, por ejemplo, era un *high class entertainer*. Su piano tenía muchos colores, pero eran colores para entretener, no para hacer pensar. Y la música de los grandes compositores no es para entretener. Creo que hoy hay una tendencia a que los pianistas piensen qué es lo que realmente quieren hacer con el instrumento. Personas como Daniel Baremboin, Brendel o Pollini, por hablar de mi generación, son músicos más que pianistas. Hace 50 o 60 años los instrumentistas no eran necesariamente músicos; básicamente, se dedicaban a promoverse a sí mismos y a mostarle al público lo bien que tocaban Horowitz pertenece a esa generación, y cuando al final de su carrera se dedicó a ser músico le fue bastante mal. Quizá hoy las cosas se desarrollan en una dirección diferente. Pero hay que ver quién es el juez: el juez es el público común, y yo no sé si es posible educar al gran público; sólo a una pequeña proporción, a aquellos que tienen antenas, cosas que no todo el mundo tiene. Y hay pianistas que se dedican a entretener al gran público; tocan para cientos, miles de personas. No creo que lo que hagan esté tan mal: después de todo tocan música clásica, y eso es bueno para las personas. Podemos pensar que el entretenimiento está bien a veces; creo que si todos nos volvemos terriblemente serios y profundos es muy difícil para las masas existir. Sinceramente, no tengo una posición definitiva sobre este problema.

—¿Qué pianistas actuales le interesan?

—Hay distintas personas y distintos talentos. En principio, me identifico con cualquier talento, ya que es fácil identificarse con el talento. Pienso en Martha Argerich: hay cierta cualidad elemental en su estilo. No es precisamente virtuosismo; hay algo animal, casi salvaje. Ella se identifica con los elementos, con la naturaleza. Es tremenda; la aprecio mucho. De Daniel Baremboin siempre admiré su actitud profundamente comprensiva hacia la música; aprendí mucho con él. En Pollini veo una gran construcción, una gran catedral; aunque no es una catedral, sino algo más griego, digamos un templo griego. En Brendel es increíble todas las ideas que hay detrás de cada una de las notas que toca. También admiro a Murray Perabia y Radu Lupu; son músicos excepcionales.

FEDERICO MONJEAU



Ashkenazy, pianista singular y director de la Royal Philarmonic Orchestra.

ENTREVISTA CON AMY TAN

Una suerte china

BARBARA SOMOGYI/DAVID STANTON

Amy Tan es la máxima triunfadora de la ola de novelistas multirraciales que han encendido la imaginación de los norteamericanos: mexicanos, cubanos, rusos, lituanos y chinos que escriben en inglés han encontrado, imprevistamente, una audiencia de millones. "El club de la Buena Estrella", su primera novela, se mantuvo cuarenta semanas en la lista de best sellers. La segunda lleva dieciséis semanas en los cinco primeros lugares, sin señales de declinación. Amy Tan, sin embargo, vive el éxito como un destino y como un castigo.

En 1985, Amy Tan era una escritora bien remunerada que se aburría. Durante doce horas diarias elaboraba folletos para empresas como IBM o AT & T. La pasión por el trabajo no la hacía feliz; al contrario. Decidió acudir entonces a un psicoanalista. Cuando advirtió que el médico se quedaba dormido en las sesiones, comenzó a buscar socorro en otra parte.

Hacia ya tiempo que Tan soñaba con escribir una novela. Asistió a un taller literario en Squaw Valley y conoció a Molly Giles, una excelente narradora que venía de ganar el premio Flannery O'Connor. El taller y, más tarde, las reuniones con el grupo de aspirantes a la fama que acudía a la casa de Molly Giles en San Francisco, estimularon a Tan a reelaborar las historias que se vertirían en su primer libro, *El club de la Buena Estrella*.

Desde la aparición de esa novela en Nueva York, hacia marzo de 1989, el triunfo fue arrasador. Sus derechos de autor superan ya el millón y medio de dólares. Contra su voluntad, Amy Tan —nacida hace cuarenta años en Oakland, California— ha dejado de ser una mujer anónima. El éxito la persigue a todas horas: cada día, aun de madrugada, recibe más de cincuenta llamadas "indeseables". Desde hace un año, sólo acepta que la entrevisten por fax, aunque en persona sigue siendo la misma mujer afectuosa y sin pretensiones de hace una década.

Su segunda novela, *The Kitchen God's Wife* (*La cocina de la esposa de Dios* que, finalmente traducirá Tusquets el próximo diciembre como *La tienda de los dioses*), que apareció en junio, no ha tenido menos fortuna que la primera. Los clubes del libro, toda una institución norteamericana, se aseguraron las primicias de la publicación por un total de 425 mil dólares. El acuerdo para llevar la historia al cine es inminente: la película será producida por Oliver Stone y dirigida por Wayne Wang.

La conversación que sigue se realizó en una habitación de hotel, en Nueva York, cuando Amy Tan estaba corrigiendo las pruebas finales de *The Kitchen God's Wife.*

—*Hemos leído que sus padres esperaban que usted fuese a la vez neurocirujana y concertista de piano. ¿Qué dijo su madre cuando descubrió que había escrito un libro? ¿Consideraba que la literatura podía ser una carrera legítima?*

—Sucedió algo gracioso. Después que *El club de la Buena Estrella* fue publicado, mi madre dijo: "Siempre supe que serías escritora". Ella recordó que, desde niña, yo tenía una imaginación salvaje. Lo que entendía por imaginación salvaje era la clase de cosas que hacen decir a una madre: "¿Por qué siempre estás haciendo lo peor? ¿Por qué vives metiéndote en líos?" Ahora, sin embargo, ella ha decidido que desde el principio supo lo que yo sería: una escritora. Recuerdo los años de profunda decepción que padeció cuando yo me desviaba del camino que había trazado para mí. Tuvo alguna esperanza de llamarme "Doctor" cuando estuve a punto de terminar mis estudios de Lingüística, pero abandoné también eso. Mi madre imaginó que las cosas mejoraban cuando empezaron a llamarme de todas partes para que escribiera sobre temas económicos. En aquella época, mi marido y yo pensábamos comprarle una casa o un departamento. En las familias chinas, el éxito no es lo que uno consigue para uno mismo sino lo que consigue para sus padres o hermanos. Yo pude alcanzar ese éxito, finalmente. Pude mostrarle a mi madre que tenía los medios sufucientes para cuidarla por el resto de su vida. Y eso sucedió mucho antes de *El club de la Buena Estrella*.

—*¿Qué clase de textos económicos escribía usted?*

—Escribí manuales para los agentes de venta de AT&T (la mayor empresa norteamericana de teléfonos), en los que aconsejaba cómo convencer a unas quinientas compañías de que se abonaran a un plan llamado "Reach Out America" ("Comuníquese con el mundo"). Una de las últimas cosas que escribí fue un libro para IBM titulado *Las telecomunicaciones y usted*: un volumen de veintiséis capítulos llenos de observaciones técnicas.

—*¿De veras trabajaba usted noventa horas semanales en aquellos tiempos?*

—Trabajé noventa horas sólo durante dos meses. Mi madre solía decirme: "¡Vas a matarte, Amy Tan!" Yo no podía parar. Estaba en busca de algo, no sé qué, ese clic que me hiciera sentir cierta trascendencia en lo que yo hacía, la felicidad de algo perfecto. Nunca llegó ese momento, de modo que seguía trabajando más y más arduamente, a la espera. Finalmente advertí que estaba mirando el árbol equivocado y que debía volver mis ojos a otra parte. Comencé entonces a tocar jazz en el piano y a escribir ficciones. Quería crear algo para mí sola.

—*¿Las historias de* El club de la Buena Estrella *están basadas en hechos reales, o son más bien historias que usted oyó?*

—Todo lo que hay allí es emocionalmente verdadero. El núcleo de la novela es autobiográfico, aunque hay ciertos detalles inexactos: yo, por ejemplo, no me crié en el Barrio Chino de San Francisco, y jamás jugué ajedrez. Mi madre no perdió sus hijos en Guay Lin. Nunca estuvo en Guay Lin hasta que fuimos juntas, en 1987. Es verdad, en cambio, que ella perdió tres hijas en China, en 1949. Cuando era una muchachita, mi madre vio a mi abuela cortar un trozo de carne de su propio brazo para echarlo a la sopa.

—*¿Cuándo considera usted que un texto está terminado?*

—En la fase final leo en voz alta todo lo que escribí, porque todo tiene que tener para mí una música interna, un cierto ritmo. A medida que voy revisando, unas doce a veinte veces cada página, siento en la voz si las cosas están bien o no.

—*¿Y con su último libro, qué sucede?*

—No me resulta fácil hablar de eso, porque cada página que termino de corregir cambia —o al menos así lo siento— el resto de la novela. Hay, en este caso, una narradora única: una mujer. Si he de buscar una definición para *La cocina de la esposa de Dios*, diría que es una sucesión de preguntas: ¿qué se nos da en la vida como destino, qué podemos elegir y qué no podemos, qué momentos de felicidad ajena pasan por nosotros y pueden ser compartidos, cuáles responsabilidades queremos asumir, qué lamentamos haber hecho, qué cosas nos dan paz en el corazón? Y así, de pregunta en pregunta, entrevemos el perfil de una mujer que oculta algo muy vago y misterioso: un secreto. La mujer se observa entonces: observa su pasado en China y su presente en Estados Unidos, repite una y otra vez esas preguntas y trata de saber por qué es lo que es.

(Traducción: T.E.M.)

HENRY MILLER
Introspectivo y eufórico, riguroso e indisciplinado, claro e incomprensible, el método de trabajo utilizado por Henry Miller durante los años 1932-1933 representa cabalmente un estilo de vida y de escritura que hallaría un justo reflejo en los libros de este americano en París. Complementan este texto los gráficos y anotaciones del mismo Miller, así como un retrato —"Henry Miller en 1932, tal como apareció en el umbral de la puerta de mi habitación de hotel"— que le hiciera su buen amigo, el célebre fotógrafo Brassaï.

Método de trabajo

MANDAMIENTOS

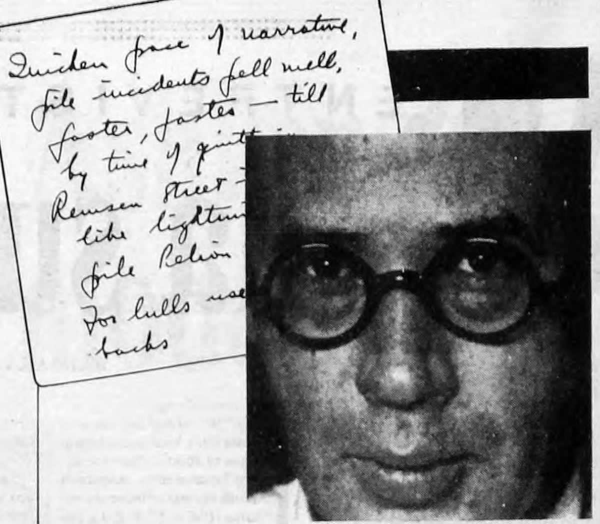
1. Trabajar en una cosa a la vez hasta terminarla.
2. No empezar libros nuevos, no añadir nuevo material a *Primavera Negra*.
3. No estar nervioso. Trabajar con calma, con placer, con audacia, con cualquier cosa que se tenga a mano.
4. Trabajar de acuerdo al Programa y no de acuerdo al humor. ¡Detenerse en el momento convenido!
5. Cuando no se puede *crear* se puede *trabajar*.
6. Cimentar un poco todos los días en lugar de agregar más fertilizante.
7. ¡Mantente humano! Encontrarse con gente, ir a lugares, beber si se tienen ganas.
8. ¡No seas un caballo de tiro! Trabaja sólo con placer.
9. Deja de lado el Programa cuando te parezca; pero no olvides retomarlo a la mañana siguiente. *Concéntrate. Sintetiza. Excluye.*
10. Olvidate de los libros que quieres escribir. Piensa sólo en el libro que *estás* escribiendo.
11. Escribir es siempre lo primero. Pintar, música, amigos, cine, todo esto viene después.

PROGRAMA DIARIO

Mañanas:
Si estás groggy, tipear notas y ubicar a modo de estímulo.
Si estás en buena condición, escribe.

Tardes:
Trabaja a mano en las diferentes secciones siguiendo el plan de la sección escrupulosamente. Nada de intrusiones, nada de diversión. Trabaja terminando de a una sección por vez por las buenas y para siempre.

Noches:
Encontrarse con amigos. Leer en cafés.
Explorar barrios desconocidos; a pie si las calles están mojadas, en bicicleta si están secas.
Escribir, si estás de humor.
Pintar, si estás vacío o cansado.



Toma notas, redacta planes y organiza gráficos. Corrige el manuscrito.

Nota: Permitirse durante el día el tiempo suficiente para visitar museos y trazar algún boceto ocasional o darse una vuelta en bicicleta. Bocetar en cafés y en trenes y en calles. ¡Cortarla con las películas! A la biblioteca para chequear referencias una vez por semana.

PROGRAMA DE PINTURA

1. *Gráficos en la pared:* para material en los Libros de Notas, de acuerdo a "Esquemas y significado". Encontrar símbolos y emplearlos según el esquema de colores. (Para propósitos de reproducción, la idea de Hiler.) Símbolos de temas recurrentes: violencia, sueño, prostitutas, calles, arquitectura, demencia, muerte, etc.
2. Tratar a los símbolos como cuadros: El Caballo, Barco de Guerra, Figura en la Pared del Jardín, Avenida Driggs, Tante Melia, China, Paredes.
3. Autorretratos - Todos los que sean posibles.
4. Sueña calles, sueña gente, sueña situaciones.
5. Memorándum París: lugares y objetos registrados en la libreta, realizarlos con algún grado de realismo - Place Vauban, Cinéma Vanves, Iglesia de St. Agustin, Notre Dame, Saint Michel, Rue Moffetard, Bagnolet, Place de la Reunion, Cementerio Montparnasse, varios Impasses, Place des Vogres, Barrio judío, etc.
6. Ilustraciones para libros: *Trópico de Cáncer* (personajes locos), *Cuentos de Hadas* (monotipos y acuarelas prensadas), *Primavera Negra*.
7. Intenta todos los medios: gouache, témpera, monotipos, tinta china, anilinas, colores al agua (Holty, Reichel).
8. Ver otra vez gouaches de Zadkine y fotografías de Halasz, Dalí.

Nota: No hagas nada que no esté relacionado con tus propios libros, ideas —siempre prácticas y personales—. La pintura debe complementar y reforzar mi literatura.

(Traducción de Rodrigo Fresán)

Miller según Brassaï.